

El Balaarte

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 219

Sevilla—Martes 23 de Septiembre de 1902

AÑO XXVI

La nota de la vergüenza ó la vergüenza de la nota

El Gobierno de D. Alfonso, sin la asistencia del monarca al Consejo de ministros, ha aprobado definitivamente y remitido al secretario del Papa la nota contestación á la del gran Rampo.

La soberanía de España ha sufrido rudo golpe, y la hemorragia sanguínea la deja postrada y débil hasta la estenuación y la pérdida total de fuerzas.

Apenas se concibe que hombres que se llaman ministros, que ejercen el poder ejecutivo en España, y por virtud de las facultades constitucionales nombrados, se atrevan á tanto, despojeando á ese mismo poder é invadiendo el terreno propio de la Constitución, le digan á un poder extraño:

—El país quiere que no haya frailes; demanda de nosotros á diario la supresión de conventos y la expulsión de las comunidades; se pronuncia también por la supresión de diócesis, por una considerable economía en el presupuesto del clero, y demanda medidas radicales al Gobierno, para que los obispos y primates eclesiásticos se consagren á cumplir con los preceptos, sin mezclarse para nada en asuntos profanos de la exclusiva competencia de la potestad civil. Así se expresan los naturales y vecinos de este reducido reino, y no perdonarán medio de volver á la revuelta, á la perturbación y á las vías de hechos en las calles y en las plazas públicas, como hace año y medio, en que, gracias á ese movimiento de opinión, fuimos llamados al poder como liberales para ofrecer satisfacción á estas ideas. Pero todo esto importa poco, y aunque nosotros faltemos á nuestros compromisos asustados y tengamos que imponer el orden á mauserazo limpio, ofrecemos al representante de todos los clericales, de todos los ultramontanos, de todos los neos, en fin, desde el más elevado al más bajo, esa forma de arreglo, *modus vivendi* ó lo que sea, que otorga á V. E. más de lo que pide. España seguirá enviando dinero para el peculio del sucesor de Pedro. España será el asilo de todos los frailes que sean expulsados de las demás naciones y dominios de las grandes potencias, los tratará á cuerpo de rey, les otorgará gracias, mercedes y privilegios, amén del derecho de asilo por el *tanti quanti*, y para ellos la impunidad de sus crímenes y la declaración de inmunidad de sus frailonas personas. Los obispos ejercerán el nuevo mixto imperio, y en unión con vuestro representante, á quien seguiremos pagando del tesoro español, tendrán el derecho de veto sobre todas las disposiciones emanadas del Gobierno, se ampararán de la fuerza pública puesta á su servicio, y separando del derecho común á sus subalternos, desde este momento la sotana y el sayal de ambos sexos quedan fuera del alcance y la acción de los tribunales de justicia, según la patita que nos ha dado en su última pastoral el señor obispo de Madrid, ó como mejor convenga y más sean servidos los deseos de vuestra santidad. España entrega todo, y si no pone también á vuestra disposición el tesoro íntegro, es porque los firmantes consideran mejor servida así la causa que representa Roma y que tan recomendada nos ha sido por quien puede.

Aquietad, señor, vuestras legiones, ordenadas que nos ayuden para conjurar la tormenta revolucionaria que se cierne en el horizonte, y nosotros, que hemos puesto á vuestros pies la soberanía, ofrecemos para vuestras arcas todo el tesoro nacional.

Y la nota no merece más. Porque no se puede comentar discutiéndola, sino maldiciendo á sus autores enérgicamente en la vía pública.

A. A.

Encarnación López era una lavandera de oficio, y es claro que, al ser lavandera, no fue ni marquesa ni señora de fuste, sino una mujer infeliz.

Por que vivía sola en un cuartito de una casa de vecindad, nadie le ha podido decir,

Su edad frisaba en los cuarenta años... ¡y aquí acaba toda su historia!

Diariamente la Encarnación salía á ejercer sus faenas cotidianas, y ni se quejaba de la vida, ni de la suerte pícará que le tenía abandonada y sin una mala compañía.

Se infiere que era un sér machacado en las contiendas de la vida, y, sumiso con la condición de la bestia trabajadora, conlevaba su miseria en silencio, ó agobiada por las penas, sin decir siquiera—¡Jesús!

Llegó un día, más largo que todos los días, arrastrando; entró en su cuartito de mujer sola y pobre, se encerró para que no le turbaran en su descanso reparador, y se tiró en el lecho.

¡Y se murió!

—¿Por qué no sale hoy la vecina?—se preguntaron los vecinos.

Y llamaron á la puerta, y nadie contestó.

¡Que venga el Juez!

Y llegó la representación de la Justicia, ordenó que la puerta se abriera, se entrara y... allí estaba la pobre mujer, tranquila, reposando, ajena en un todo á aquella inquisitiva tan insinuante, cuando ella siempre, ¡siempre!, había pasado inadvertida para todo Dios.

Ya se sabe lo que ocurre en estos casos.

El cadáver se manda al anfiteatro para la autopsia, allí se comprueba que murió de hambre, de inanición, se le da tierra y se acabó.

¡Y pare usted de contar!

Todos estamos conformes en que estas cosas no tienen remedio.

Por eso el mundo es mundo: porque mueren así las pobres lavanderas, solas, abandonadas, sin que su muerte llame siquiera la atención, en tanto el público se anega en lágrimas cuando una augusta majestad nos abandona atronándonos los oídos con el repiqueo de las iglesias y levantándonos los estómagos con las lacaynerías de los cronistas serviles.

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

Murmuraciones

Ayer llegaron á Sevilla dos personas importantes, hecha excepción de las importancias rurales que llegan todos los días para fines domésticos.

Fue la una el Sr. Polanco, cuarto gobernador civil que vamos á estrenar. Los gobernadores civiles en Sevilla son velas de sebo: se gastan enseguida.

Este gobernador, al decir de los que le conocen, es ya Polanco viejo, y como viejo algo reservón.

Tiene para nosotros una nota simpática: la de presentarse sin hacer alardes de moralidad y lo otro, y sin solicitar el concurso de los chicos de la Prensa, á quienes recurrían los anteriores para contarles todos sus proyectos.

Por el Gobierno trae un encargo especial: el de sacar la cuadratura del círculo, que consiste en hacer la unión entre los perros y los gatos que aquí figuran en el partido fusionista.

Anoche, y por primera providencia, asistió al Casino Liberal de los paradiastas, y allí tuvo el gusto de conocer al Sr. Canavachuelos y demás vestigios históricos de nuestra política local.

La voz cantante la llevaría el Sr. Polo de Lara, que es el más *chao pa lante* desde que dejó que los santanderinos le prendieran fuego á la estación del ferrocarril.

Díralo Polo de Lara:

—Señor Polanco: Los verdaderos fusionistas liberales estamos aquí. Aquella gente del otro lado pertenece á la fracción del Sr. Borbolla, quien, para sumarse con nosotros, ha de hacer completa abstracción de su personalidad. Nada le envidiamos. Si él es vivo y sutil, yo no me quedo atrás. Si él tiene ambiciones, las mías no caben en un saco. El único pecado grave que yo he cometido lo cometí en Filipinas, en donde salvé, casi á costa de mi pellejo, una manada de frailes. Comprendo que nuestro partido sería un partido formal y temible si aquel hombre—por Borbolla—lo dirigiera y nosotros le secundáramos... Pero ¿cómo vamos á prescindir de la ilustre personalidad del Sr. Marqués de Paradás, quien, si para cada nos sirve, en cambio nos deja en completa libertad para hacer aquello que nos convenga?

El Sr. Polanco, después de estar un rato en el Casino fusionista oyendo y *jamando partias*, se retiró al Gobierno civil á descansar.

Una vez que lo dejaron solo en el Gobierno,

parece que se quedó algo meditabundo y después de un momento de reflexión, mandó el siguiente telegrama á Moret:

—Gente con poca ropa. ¡En qué lío me he metido! Esperaré población capeando temporal.

Ayer llegó á Sevilla el duque de los Abruzzos, sin avisar á nadie y sin decir una palabra.

No obstante, los reporters le olieron y ya nos han dado algunas noticias que no conocíamos.

El *Liberal*, por su parte, lo ha dejado sin dedos en una mano.

En Barcelona y en Valencia, llevaba tres de los cinco que le corresponden, porque dos de ellos los había perdido en su expedición al Polo Norte.

Pero, á juzgar por lo que dice el colega sevillano, ha llegado á Sevilla con una mano sin dedos.

Léase:

«Su eminente posición social en empresas científicas tan arriesgadas y brillantes como su famosa exploración alrededor del Polo, que ha de ser tan fecunda para la ciencia como dolorosa para los audaces exploradores, incluyendo al propio príncipe, que perdió en ella los dedos de una mano.»

Ha llegado, pues, á Sevilla con cinco dedos solamente en una mano.

Y si quiere que le contemos los tres que tiene en la otra, que se pase por la redacción de *El Liberal* y los enseñe allí.

El *Noticiero* ha tenido la alegría de saber que el primero que hizo el duque fué comprar un número de su edición de anoche y leerlo con grandísima satisfacción.

Dice el colega que observó que el señor Duque se echó á reír con el periódico en la mano.

Y es que leería la noticia de...

«Se encuentra en Sevilla el distinguido presbítero jerezano D. Juan P. Sánchez Romate.»

Y le causó risa.

¡El osado explorador del Polo Norte junto con el presbítero Sánchez Romate!

—Ya me dijo mi padre—exclamaría—que esta era una nación de á perra chica.

El primer personaje sevillano que tuvo el alto honor de hablar con el duque fué el señor Marqués de Pickman, quien fué á ofrecerle su cochera y á decirle que el título que ostenta por delegación se lo debió el padre de su suegro al padre del duque, Amadeo primero, rey de España.

—Si—contestó el duque—ya sé que mi padre hizo marqueses á todos los zapateros del reino.

—No—arguyó el marqués de Pickman—ni mi suegro ni su padre fueron zapateros, sino industriales de tazas, platos, escupidores, etc.

Que sepamos, el señor Duque ha podido dormir tranquilamente sin que le mortifiquen las impertinencias de los reporters.

Algún que otro mosquito de trompetilla, si acaso, habrá turbado su sueño ducal.

Pretende don Segismundo Moret que lo de la Higiene, los fondos que se recaudan por consentir las mujeres de la vida licenciosa,

(pues todas licencia tienen), no los recauden los Ponticos, porque dice que no deben ser objeto de las burlas los dineros indecentes...

Barroso, que es quien gobierna en la Corte, se resiente, porque le quitan el momio, y cual loco se enfurece.

¡Y en esto estamos ahora a últimos de Septiembre, amagándonos las lluvias y... el arreglo de esa gente!

Dice un querido colega:

«Es necesario combatir á todo trance los estragos que la miseria causa en los barrios. El hambre no deja de producir víctimas, lenta pero continuamente.»

En una ciudad esencialmente católica hay que remediar esto por todos los medios posibles.

Para cumplir deberes del cristianismo.

Nuestro virtuoso pastor va á poner el remedio.

Dentro de pocos días sale para Roma, en compañía de unos cuantos señores ricos, para llevarle dinero al Santo Padre y que éste le mande desde allá, á los pobres de Sevilla, su bendición.

¡Y que vayan mascando los pobres!

¡Será virtuoso nuestro Arzobispo que, en

tanto se mueren de hambre en Sevilla los necesitados, va él á Roma á llevarle dinero al Papa?

Ya que no lo han hecho los periodistas monárquicos, lo haré yo.

Pongo la cara triste, me figuro que lo siento, y digo:

¡Hoy hace dos años que bajó al sepulcro el que fué en vida general Martínez Campos, héroe y caporal de la familia monárquica, todo en una pieza!

No obstante su heroicidad y su valentía innegables, España perdió las colonias y todo lo que había que perder.

Era un hombre franco, y durante largo tiempo, estuvo ejerciendo de reloj ministerial.

Cuando á él le daba la corazónada, caía el ministerio.

No se sabe si estará en la gloria; porque como tenía por costumbre fumar cigarrillos de la Tabacalera de los doce un real, es muy posible que no le hayan permitido la entrada.

Traicionó á la patria sublevándose en favor de la monarquía de los Borbones, y éstos le pagaron bien, pero á costa de la patria.

Su sencillez y franqueza le granjearon simpatías entre todas las clases, y á él le debemos el beneficio que nos está proporcionando la restauración.

Descanse en paz aquel buen hombre, quien todavía tenía genio y lo otro para sublevarse.

¡Fué el último ejemplar!

De un colega madrileño:

«Vamos á ocuparnos de un cura de Córdoba que cobra del Estado su paga de canónigo y por el Ayuntamiento la de capellán del Asilo de Mendicidad.»

Explicado de este modo:

Como canónigo, 3.000 pesetas.

Como capellán, 2.000.

Total, 5.000 pesetas.

Y vayan ustedes á ver el trabajo de este hombre.

Por mañana y tarde ir al coro de la catedral, cuando va, porque la mayor parte de los días no asiste.

De treinta días, veinte por lo menos.

Y como capellán del asilo, decir su misa, rezar rosarios y demás trabajos por el estilo.

Así está que no puede andar... de gordo.

O de bruto.

O de virtuoso.

¡Si mientras más se mete la mano hasta el codo, más virtuoso y más católico se es!

CARRASQUILLA.

SEÑOR MORATO: ¿LO VE USTED?

Hará próximamente unos cinco meses que terminaba yo uno de mis articulejos afirmando que mientras los socialistas no fueran capaces de transformar la humanidad de tal manera que perdiera su carácter, sus necesidades, su constitución, etc., el socialismo sería incompatible con la libertad y el progreso.

Pocos días después, el señor Morato, á quien quiero mucho y con quien me gusta discutir porque es muy correcto y muy ilustrado, dedicó un artículo á refutar el mito. No me convenció ni poco ni mucho; pero como no es cosa de estar aburriendo al público con discusiones que se harían interminables, y suponía que de contestarle volvería á replicar y me enojaría nuevamente en la misma situación, me callé.

Mas la ocasión la pintan calva, y el Congreso socialista de Gijón me ha venido que ni de perlas para demostrar mis afirmaciones con argumentos, á mi modo de ver irrefutables, proporcionados por los mismos señores del margen.

¡Hay libertad en el socialismo! Pues si la hay, ¿cómo se ha propuesto que todo el que pertenece al partido se suscribiera obligatoriamente á *El Socialista*?

¿Cómo se ha acordado que, mientras este periódico no se haga diario no pueda publicarse ninguno nuevo?

¿Cómo se ha expulsado del partido á Severiano Sáez, solo porque dimitió su cargo de concejal?

¿Me río yo de las libertades? Iglesias—á quien reconozco mucho talento—ha estado á veces hasta despótico inclusive; se ha dejado adular con exceso; ha permitido que haya servilismo hacia su persona, porque servilismo, y grande, revela el hecho de que, presentada una proposición pidiendo que se le aumentaran 35 pesetas de sueldo semanal, hubo quien se levantó pidiendo cuarenta y aun otro pidió cuarenta y cinco, que fueron las que

Nota del día

Encarnación López era una lavandera de oficio, y es claro que, al ser lavandera, no fue ni marquesa ni señora de fuste, sino una mujer infeliz.

Por que vivía sola en un cuartito de una casa de vecindad, nadie le ha podido decir,

